

GALICIA EN SURÁFICA ;Y VICEVERSA?

A finales de 1970, fui destinado a Africa del Sur, llevaba tres años en el Ministerio de Comercio en Madrid y era mi primer puesto en el extranjero como Consejero Comercial de la Embajada Española en aquel país.

Era aún los tiempos duros del "apartheid" y de los "homeland", es decir, una especie de Comunidades Autónomas sin autonomía donde se apiñaban, involuntariamente, los pobres negros sólo por el hecho de serlo y de acuerdo con sus diferentes etnias, en unos territorios rurales sobreexplotados y sin expectativas de trabajo.

Al poco tiempo de llegar entré en contacto con la comunidad gallega de Johannesburgo. Se reunían en el Club Español y eran en su gran mayoría emigrantes "rebotados". Habían emigrado primero a Brasil, a Sao Paulo, "por eso del idioma y de la potencialidad del país". Cuando llegaron allí, sus expectativas no se cumplieron y tuvieron la suerte de que la entonces dictadura brasileña se llevaba muy bien con el gobierno Surafricano y éste solicitaba continuamente inmigrantes blancos que supieran algún oficio. Querían crear una especie de "aristocracia laboral" para impedir que dichos oficios fueran copados por los negros. Habían conseguido entrar así cerca de 6.000 y, en general, estaban contentos con su situación y se beneficiaban de una moneda, el rand, muy fuerte y de un clima mejor que el de Sao Paulo.

Al poco de llegar hubo cambio de embajador. Cuando llegó el nuevo me preguntó que cuáles eran los asuntos a los que un embajador de España debía de dedicarle más atención. "Además de fomentar el comercio con España hay que ocuparse de la colonia española en Johannesburgo, ya que el Cónsul español está en Ciudad del Cabo a 1.500 Kms.", le dije. "Yo con esa chusma no quiero saber nada", me contestó enfadado. Tardé unos segundos en responder al quedarme atónito y le dije: "pues son españoles cuyas familias en España pagan impuestos para que vd. pueda venir destinado aquí a cuidar de ellos". No me lo perdonó. Desde entonces nuestra relación fué muy mala y más de una vez pidió a Madrid que me sacaran de allí, porque yo era "un rojo". Todo podía ocurrir entonces porque eran otros tiempos..., Franco en Madrid, el "apartheid" en Suráfica.... Afortunadamente salí ileso del trance. El embajador fué promocionado a otro puesto mejor, sin tanta chusma, y los gallegos siguieron allí, pero sólo hasta que muchos pudieron volver a Galicia en los felices ochentas.

En Ciudad del Cabo era diferente. Por allí pasaban miles de gallegos que iban directamente desde el vuelo charter, que les traía desde Santiago a un barco congelador, o bien

empalmaban en otro vuelo charter a Walvis Bay, el puerto pesquero de lo que hoy es Namibia. Eran, en su mayoría, pescadores curtidos que estaban dispuestos a aguantar varios meses sin tocar tierra, pescando y congelando la especie de merluza que se cría en aquellas frías aguas.

El problema era siempre la vuelta. Tras varios meses en el mar volvían a Ciudad del Cabo, conocido por "Capetón" por los gallegos, donde pasaban una o dos noches antes de volver en el vuelo charter hasta Santiago. Eran los dos días en los que el Cónsul tenía más trabajo, ya que muchos de ellos acababan en la cárcel. Invariablemente iban a buscar a las chicas mulatas (coloured) desconociendo en algunos casos o a sabiendas en otros, que existía una ley llamada "Inmorality act" que prohibía a los de raza blanca yacer con los de color (no sólo se consideraba ilegal sino inmoral). Los gallegos eran trofeo fácil para la policía especializada, el "Inmorality squad", dado que llegaban con grandes "urgencias", después de tantos meses sin tocar tierra.

La vida en el mar era dura y peligrosa pero también lo era su corta estancia en tierra e incluso su viaje charter de vuelta a Santiago. Yo mismo, aprovechando que había plazas libres, lo utilicé para dar un salto a España. Volábamos por la costa del Golfo de Guinea y el capitán me invitó a la cabina para verle aterrizar en Libreville. Cuando estábamos en posición de descenso, el radiotelegrafista rogó al capitán que le dejase tomar los mandos, con la excusa de que estaba aprendiendo. Para mi sorpresa, el capitán aceptó. Enfilamos la pista de tierra rojiza dando tumbos, el telegrafista calculó mal y chocamos contra el suelo rompiendo el tren de aterrizaje. Creí que nos matábamos todos, pero los pescadores debían de estar encomendados a Nuestra Señora del Carmen y después de pasar 12 horas en el aeropuerto reparándolo seguimos viaje a Santiago.

Estos son algunos de mis recuerdos de mi estancia en Suráfrica que puedo atribuir a una conexión con Galicia: pero hay una última que sólo realicé cuando mi vida quedó, finalmente, vinculada a Galicia por mi trabajo profesional.

En Johannesburgo había dos ghettos en los que los negros tenían que recluirse, obligadamente, cada noche. Alexandria, que era muy antiguo, y Soweto (South Western Townships) que era más moderno. Este último era inmenso y estaba compuesto de casitas unifamiliares todas iguales, donde vivían apiñadas varias familias en cada una. Pues bien, en el año Xacobeo de 1993, pude observar que las construcciones del Monte del Gozo tenían un gran parecido con Soweto. ¿Era una casualidad? ¿Eran los peregrinos enviados también a un ghetto fuera de la ciudad? ¿Habían cobrado los surafricanos royalties por ceder la patente?

Poco importa, pero lo que es seguro es que los negros

de Soweto, sólo por el hecho de vivir allí, acumulan al menos tantas indulgencias como los peregrinos que llegan, exhaustos, al monte del Gozo.